

Uno

Ni mi nombre, ni quién soy, ni lo que hago, ni dónde vivo son importantes en esta historia. Pude haber sido yo u otro médico, y pudo haber sucedido aquí o en otra parte. En ocasiones, los detalles son tan insignificantes que no hacen sino confundir lo más esencial, el tono, la forma y el fondo de lo que se está intentando contar.

Sin embargo, imagino que es necesario que diga, al menos, cómo me llamo y a qué me dedico. De esta manera todo será más comprensible. Y al llegar al final... que cada cual examine su propia conciencia. Los casos médicos suelen ocupar poco espacio en los medios de comunicación, salvo que sean extremadamente sensacionalistas. Son meras noticias, a veces en las secciones de sucesos. Nada más.

Éste se inició como un caso médico.

Me llamo David Rojas y soy psiquiatra. Trabajo en un hospital como ese que tienes cerca de casa o ese otro que conoces de vista o por haber ido alguna que otra vez a

ver a alguien o para que te curaran una herida. Es todo lo que necesitas saber, salvo, quizá, que me gusta lo que hago, me gusta profundizar en aquello que menos se conoce: la mente. Si a alguien le duele el estómago, es que ahí dentro algo no va bien, y si a alguien le duele un pie, exactamente lo mismo. Pero hay muchas personas que tienen males en la cabeza que no les duelen y que no se pueden curar con aspirinas. Hay males tan interiores, tan especiales, que en la mayoría de las ocasiones ese ser humano es ajeno a su enfermedad. La sociedad los llama, entonces, locos. Y ya se sabe que los locos han de ser encerrados en esas cárceles situadas en el más allá de la razón que son los manicomios, aunque nosotros los llamemos sanatorios mentales.

Aquel día de primavera yo estaba en mi despacho del hospital, poco antes de mi ronda de visitas y de las sesiones de terapia individual que mantenía con determinados enfermos. Los médicos que operan a alguien del estómago saben dónde buscar cuando abren el cuerpo de su paciente. Los psiquiatras no podemos abrir la cabeza del enfermo, y aunque pudiéramos, eso no serviría para nada, porque el mal no está a la vista. Así que nuestras “operaciones” consisten en largas charlas, preguntas, respuestas, tiempo. Y no siempre logramos curar. A veces, eso es lo más triste. Digo a veces porque, para los antiguos, las viejas civilizaciones y, todavía, alguna que otra en la actualidad, los locos son tratados como seres

privilegiados, personas iluminadas, personas con un don maravilloso. Así que se les respeta y venera.

Nuestra sociedad, por suerte o por desgracia, ¿cómo saberlo?, es distinta.

La puerta de mi despacho se abrió a eso de las doce y cuarto, y por ella apareció mi enfermera, Nandra —en realidad se llamaba Alejandra, pero desde niña la habían llamado así—. Se acercó a mi mesa y esperó a que yo levantara la cabeza y le preguntara qué quería. Nada más verle los ojos me di cuenta de que su expresión no era la habitual, la que yo solía conocer y a la que estaba acostumbrado. Nandra era una chica hermosa, iba a casarse en unos meses, y si la tenía conmigo era por su eficiencia tanto como por su ánimo, siempre dispuesto o, mejor dicho, predispuesto a la alegría. Mis pacientes necesitaban tanto de esto como de lo que yo pudiera hacer por ellos.

—¿Qué sucede? —quise saber al ver que ella no hablaba.

—Han traído a un niño —fue lo primero que me dijo. Lo encontró anoche la policía municipal vagando por la calle, solo y perdido.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. No habla.

—¿Es mudo, tiene un *shock*...?

—Será mejor que lo veas tú mismo.

Nandra no solía impresionarse ni afectarse por casi nada. No es que tuviera el corazón duro o llevara tan-

tos años tratando con personas enfermas de la cabeza que ya se hubiera insensibilizado. Para ella lo importante era ser fuerte ya que, sólo así, lo sabía, estaría en disposición de dar lo mejor de sí misma a los demás. Yo la había visto llorar por alguien, afectada o impresionada, pero al siguiente paciente lo trataba con la misma dinámica e intensidad, el mismo cariño y determinación. Si ella inundaba su rostro con aquella máscara de gravedad, significaba que nuestro niño perdido era singular.

¿Hasta qué punto?

Lo supe en cuanto él atravesó la puerta de mi despacho.

Dos

Tendría unos siete años de edad, aunque reconozco que me equivoqué porque en aquellos días yo esperaba mi primer hijo y no era lo que se dice un experto en criaturas. Pensé que tendría siete años porque era muy pequeño, menudo, extremadamente delgado, casi como los niños que podemos ver en cualquier noticiero de la televisión, cuando se habla de campos de refugiados o de los horrores de cualquier guerra. Vestía unos pantalones cortos, una camiseta que en otro tiempo debió de ser de colores y unos tenis sin calcetines. Iba sucio, muy sucio, llevaba el cabello largo, muy largo, y su piel era blanca, muy blanca. Tan blanca que...

Llevaba gafas oscuras, unas enormes gafas oscuras.

—Quítale las gafas —le pedí a Nandra.

Mi enfermera, en lugar de hacer lo que yo le pedía, caminó hacia la ventana de mi despacho, bajó la persiana exterior y corrió las cortinas, dejando la estancia en una semipenumbra tan notable que estuve a punto de encender la luz de mi mesa. Ella misma lo impidió.

—Esta mañana —me dijo— casi se ha vuelto loco con la luz del sol. Parecía afectarle mucho.

—¿Lo han llevado al oftalmólogo?

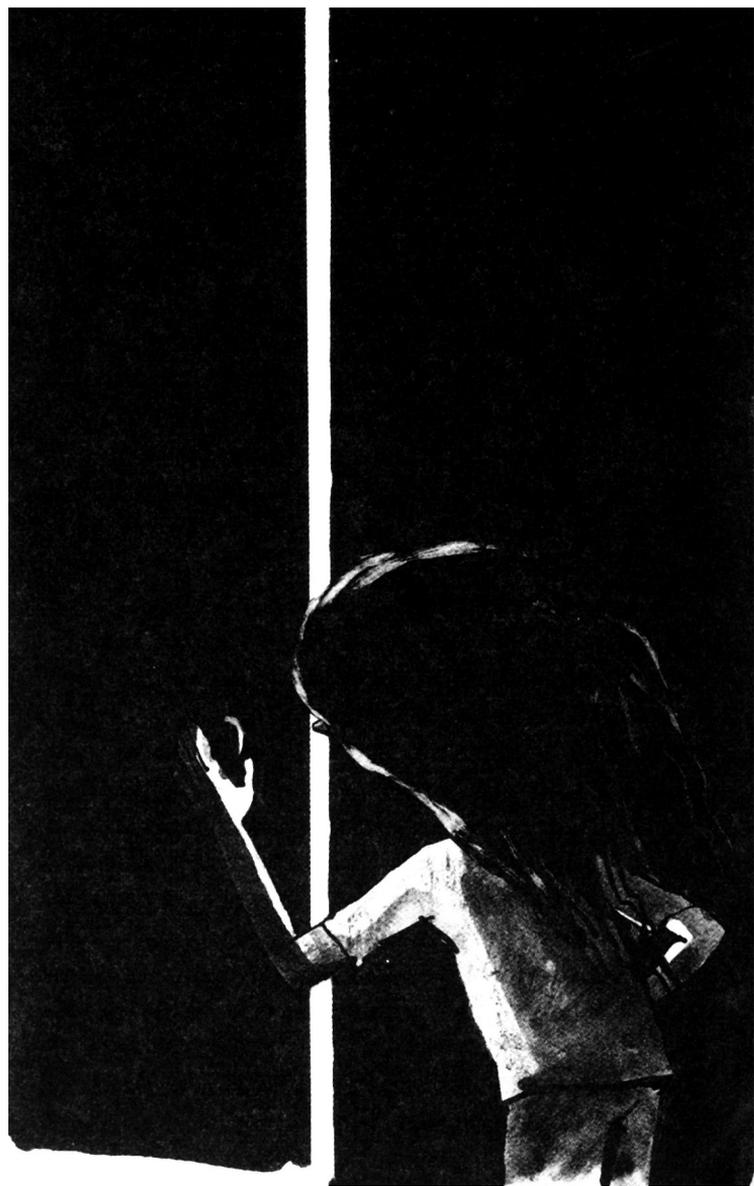
—No.

Miré al niño. Empezaba a moverse, como si en la semioscuridad pudiera ver mejor dónde se encontraba. Su cuerpo no se movía, pero su cabeza sí.

Pese a ello, lo más sorprendente sucedió cuando Nandra le quitó las gafas. Entonces...

El niño parpadeó un par de veces, como si todavía el “exceso” de iluminación le afectara mucho. Pero su siguiente acción fue más reveladora. Y con reveladora quiero decir que me dejó asombrado. En cuanto pudo centrar los ojos en mí, se echó hacia un lado y se protegió detrás de una butaca. No se escondió: al contrario, sacó una mano y fingió dispararme con algo, como si jugara, como si sostuviera una imaginaria pistola. Al ver que no sucedía nada, se miró la mano y, luego, asombrado, empezó a observar el lugar donde se encontraba. Tocó la mesita que se encontraba junto a la butaca, igual que si estudiara su textura. Tocó el suelo. Tocó la pared. Nandra no se movía. Yo, tampoco. Jamás había visto nada igual.

Cuando me levanté, el niño hizo algo más: dio la sensación de medir atentamente la habitación y, finalmente, se precipitó en dirección a la puerta por la que había entrado. Nandra le impidió salir y tuvo que hacerlo con



fuerza, aunque no con violencia, porque el niño, al sentirse atrapado, se debatió entre sus manos.

De sus labios no salió un solo sonido.

—¿Comprendes ahora? —me preguntó mi enfermera llevándolo hasta mí.

Comprender, comprendía, pero no mucho más de lo que era evidente. Aquel niño estaba solo, desorientado, desnutrido, con serios desajustes mentales y físicos. Y no podía ser debido a un *shock* único y reciente. Su piel blanca, su delgadez, todo hacía suponer que venía de muy lejos.

Posiblemente de unos años atrás.

Lo miré y me miró. Lo que yo vi fue una carita redonda, de labios delgados, nariz afilada, ojos firmes.

Y lo que él vio a través de esa firmeza me hizo darme cuenta de que no me tenía miedo, sino respeto, precaución. El miedo es una de las manifestaciones más evidentes en la mirada de cualquier enfermo mental.

Miedo a lo desconocido por sentirse inferior, esclavo de su debilidad. Aquel niño me desafiaba, pero no vi odio ni rechazo. Me estudiaba a mí tanto como yo lo estudiaba a él.

Abrí un cajón de mi mesa. Lo observó. Se puso tenso y su mano derecha volvió a aferrarse a una pistola imaginaria. Cuando saqué un caramelo del cajón y se lo di, no lo tomó. Lo miró frunciendo el ceño. Se me antojó que era la primera vez en su vida que veía un caramelo.

Fue una rara sensación por mi parte. Así que yo mismo se lo desenvolví y se lo puse en los labios. Su primera reacción fue de rechazo. Luego, ante mi insistencia, dejó de agitar la cabeza y moverse entre los brazos de Nandra. Asomó una punta de sonrosada lengua entre sus labios, lo lamió y acabó abriendo la boca. Se lo introduje dentro.

Entonces pronunció su primera palabra.

—Más.

Nandra y yo nos miramos.

Los dos comprendimos que pasara lo que pasara en el cerebro de aquel infeliz, nuestra tarea iba a ser ardua si queríamos obtener una respuesta sobre lo que le había sucedido. Tan ardua como, a lo peor, prolongada.